

dominio de la plutocracia, los viejos errores de la tiranía y del absolutismo; ordinaria farsa que paraliza el brazo de la clase obrera con la in-

fantil sugestión de sus efectos teatrales...

La Protesta, de Buenos Aires.
30 de marzo de 1913.

La ineficacia del voto

Si algún día sois diputado, no tardaréis en descubrir cómo está organizado todo en nuestra democracia para hacer ineficaz toda profunda reforma, como ya habéis podido juzgar por los resultados. El carro del Estado es un viejo carromato bamboleante en el cual los frenos han acabado por reemplazar a las ruedas.

Y lo más sorprendente es que la gran fuerza de impulsión con la cual contaban los teóricos para poner la máquina en movimiento se ha revelado al experimentarla como un instrumento por excelencia de inmovilidad. Me refiero al sufragio universal... Os advierto simplemente, que nuestra organización de progreso es groseramente rudimentaria y que en el estado presente las fuerzas legales de reforma están aniquiladas por el espantoso peso muerto

de un atavismo de inercia. El interés de los *beatiposidenti* y la ignorancia de las masas que explotan; he aquí los dos grandes poderes determinantes de la conservación a todo riesgo.

La monarquía organiza la resistencia de los privilegiados; nuestra democracia espera de las multitudes, cómplices de su propia esclavitud, el esfuerzo metódico de emancipación de que hasta el presente se han demostrado incapaces. ¿Dónde está, pues, el punto de apoyo para levantar este mundo cuyas apariencias cambiantes ocultan un fondo pesado de inamovilidad?

El punto de apoyo está en la conciencia, la fuerza está en la idea. Y la idea pertenece al individuo, no a una compañía de hombres por distinguidos que sean.

J. Clemenceau.

Delicias del siglo XX

Pues señor, la santa paz... armada de que disfrutamos, nos está poniendo los pelos de punta. ¿Se puede saber en qué parará todo ese estridor de mortíferos instrumentos que cunde por todas las naciones? Porque es el caso que la sombra de Atila aparece por todos los costados de Europa. Bajo, muy bajito, se sigue susurrando sobre un inevitable cataclismo europeo. Austria moviliza, Alemania moviliza, Francia y Rusia están prestas a llamar a sus reservistas a filas. Parece que los gobiernos dicen a los soldados, como el poeta a los cosacos:

"¿Qué! ¿No sentís la lanza estremecerse
Hambrienta, en vuestras manos, de matar?"

.....
Cabe ahora preguntar: ¿en qué

siglo vegetamos? Fracasadas todas las democracias y todos los liberalismos; decadentes y paralizados los más puros idealismos de armonía social, parece que retrocedemos al imperio del salvajismo y de la espada. Estamos detenidos y absortos en un dédalo de sistemas filosóficos que no parece tener salida. Nada tendría de particular que una matanza internacional fuese la fúnebre apoteosis de esta crítica situación, vacilante por demasía.

¿Qué va a ser de nuestro pretencioso orgullo de vivir en una época de asombrosos adelantos? ¿Qué de nuestros optimismos? ¿Qué de nuestras más caras aspiraciones de emancipación?

Cierto es que hay infinidad de